

"España" Año IX, N° 354.
Madrid 27 enero 1923

ANA

23

Año IX.—Núm. 354

LA VIDA NACIONAL

MARIO

- Las responsabilidades, por Luis de Zulueta.
Efectos del centralismo, por Salvador Albert.
ia. - Piedras blancas, por Fernando González.
por J. Sánchez Rivera. - Letras de América,
por Jorge Guillén. - Noche de San Pedro en
semana a Shakespeare, por C. Rivas Cherif.
Libros. - Liga de los Derechos del Hombre.



TIMBA NACIONAL

En cierta ocasión departíamos confidentemente en un vagón ferroviario, tren en marcha, los entonces presidente de la República, presidente de su Consejo de ministros, ministro ante la corte de España de Portugal y el que esto, lector, te cuenta. Era el segundo por cierto aquel estadista republicano portugués a quien el reino de España le otorgó una gran cruz por haber impedido que circulara un libro que a raíz de la caída de la dinastía brigantina se publicó en Portugal y en el que se incluían cartas de nuestro don Alfonso a su don Manuel. Del cual libro guardaba un ejemplar el doctor Simarro.

Los vagones ferroviarios parecen propensos a la confidencia. En uno de ellos, también tren en marcha, fué donde le oímos a nuestro susodicho don Alfonso contar, y no sin gracia, cómo siendo menor de edad—para reinar, se entiende—se entrenaba en la Casa de Campo a hacer pasar, saltando, cochinos por el aro.

Hablando de varias cosas los tres portugueses de gobierno y yo llegó el turno al Gran Casino de San Sebastián, a su timba y a M. Marquet. Hay que advertir que cuando esta conversación ocurría aún no había nacido Rubán, el gran Rubán. Y entonces el presidente del Consejo de ministros de la República de Portugal nos dijo que este empresario—M. Marquet, claro, y no Rubán—les había propuesto establecer un Gran Casino, a base de timba, en Estoril o en otro sitio así, contando con la tolerancia del Gobierno y un cierto monopolio más o menos velado. Y el presidente le contestó que si en Portugal se llegaba a tolerar el juego prefería hacerlo explotación directa del Estado. Algo parecido a lo que pasa en la cínica República de Mónaco. Que es mejor ese cinismo que no las hipocresías.

Los gobernantes de la República portuguesa debían recordar las virulentas campañas que hicieron contra el desdichado rey don Carlos—aquél a quien suicidó Buíça—por lo de los *adelantamientos* clandestinos de la Corona y debían recordar los monopolios que el malogrado *monarca* concedió a M. Burnay—otro belga—a quien hizo conde. Conde y no condestable. Porque condestable—*comite stabuli*—era, en un principio, el encargado de las caballerizas reales, de proveer de caballos, aunque no de carrera, al rey.

Conde, *comite*, es, en efecto, compañero de camino, tal Romanones, y *stabuli*, del establo, como marqués el que guarda una marca o frontera—García Prieto la de Alhucemas—y duque el que conduce o guía las huestes. (¿Qué huestes guía o conduce el de Almodóvar del Valle?)

Ahora que aquí, en España, quiere hacernos creer el ministro de la Gobernación que va a acabar poco a poco con la timba, sea aristogógica, sea demagógica, no creemos que estén demás estos recuerdos. En *El Socialista* leemos reproducido un artículo d' *El Debate* en que se muestra desconfianza de que esa campaña contra el juego prohibido vaya de veras, en que se cita al Casino Militar como desobediente a la orden de suprimirlo—¡disciplina!—en que se cita por su nombre al condestable timbero, en que se dice que en el Palacio del Hielo se establecerá una timba aristogógica—este epito es nuestro, ¡claro!, y no d' *El Debate*—y otras claridades así.

Los que asistieron a la inauguración de ese Palacio del Hielo pudieron oír que el condestable dijo por dos veces, distraído sin duda y por no conocer bien nuestra lengua, que doña Victoria era su mascota. Por mucho menos hace pocos años, cinco o seis, se nos habría procesado, exigido diez mil pesetas de fianza y condenado aunque fuese para indultarnos. Pero, en fin, hay que perdonarle al con-

destable que, de seguro, no supo lo que se decía. Si hablara Rubán como habló antaño la burra del profeta Balaam, ¡qué cosas diría! Acaso algún día hable Rubán a pesar del condestable.

Creemos, señor duque de Almodóvar del Valle y consortes en gobernación del Reino, que si con la supresión radical del juego prohibido padece la beneficencia era menos malo que el Estado que explota la Lotería Nacional—¡nacional!—explotara directamente la Timba Nacional también y que si había Arrendataria se supiese de quién era y los nombres de sus accionistas todos. Hasta los de acciones liberadas.

Dicen que dice el ministro de la Gobernación que ya no quedan más timbas que las que ofrecen garantías. Vamos, sí, las aristogógicas y de círculo cerrado. Porque si a nuestros grandes de España, si a nuestros aristócratas no se les deja jugar al azar, ¿qué van a hacer? ¿En qué van a emplear sus rentas? ¿Hay cosa más *high life*, más palaciana, que las siete y media, por ejemplo?

Proponemos, pues, que se haga oficial y de Estado la Timba; que se nombre un ministro del ramo, que sería el condestable, naturalizándole del Reino y hasta haciéndole grande de él; que se forme un cuerpo de *croupiers*—con uniforme y todo y categorías y grados—y se haga de ello una carrera. Con lo que ganaría no poco la causa del orden conservador y a la vez se podría seguir cultivando la pordiosería, fundamento de las más altas instituciones, del altar y del trono, y de las venerandas tradiciones de nuestros mayores. Porque la mendicidad es, no cabe duda, el cimiento del altar y del trono españoles. El noble pueblo español, el del Lazarillo del Tormes y compañeros pícaros, es una orden mendicante. Mendiga hasta... ¡justicia alguna vez!